

# Presentación

Las poblaciones europeas comparten algunos procesos demográficos –muy baja fecundidad, trayectorias de vida prolongadas, estructuras envejecidas, creciente diversidad de hogares– que generan preocupaciones y han inspirado un vivo debate en los últimos años, llevando a la demografía a cada mesa de desayuno. Los motivos de preocupación son bien conocidos (sostenibilidad de sistemas de solidaridad intergeneracional –como pensiones o servicios sanitarios–, disminución de la población europea, creciente vulnerabilidad familiar). Pero las dinámicas demográficas que supuestamente justifican estas alarmas no siempre son bien conocidas. Las evidencias científicas sobre la evolución prospectiva de estos procesos rara vez alimentan estos debates y en escasas ocasiones se ofrece una visión conjunta de dinámicas que, necesariamente, interactúan entre sí. Con esta ambición nace este número monográfico de *Panorama Social*, coordinado por **Juan Manuel García González** (Universidad Pablo de Olavide) y **Dolores Puga** (Consejo Superior de Investigaciones Científicas).

En 2015 por primera vez las defunciones superaron los nacimientos en la población española. Gracias a la inercia demográfica heredada del siglo XX, en forma de estructura etárea (*baby-boom*), algunos países europeos todavía mantienen –o han mantenido hasta fechas muy recientes– crecimientos demográficos positivos, tras treinta años de fecundidad bajo el nivel de reemplazo. Pero esa inercia está casi exhausta en toda Europa. Sabemos que la baja fecundidad ha venido para quedarse; la pregunta es: ¿cómo de baja?

Lo cierto es que pocas generaciones nacidas en Europa tras los años 30 del pasado siglo se han reemplazado a sí mismas. En la reproducción de las generaciones europeas juegan un papel fundamental las migraciones; se ha estimado que desde mediados de los años 80 se mueven a Europa occidental cerca de un millón de migrantes internacionales al año de media, si bien las migraciones son muy cíclicas, con fuertes oscilaciones durante el período. A ello se une una tendencia al incremento de poblaciones transnacionales que desarrollan sus trayectorias de vida a través de distintos lugares de residencia, como resultado de procesos de causalidad acumulativa. La movilidad de la población adulta puede ser especialmente relevante en un escenario de poblaciones altamente envejecidas.

Las poblaciones europeas han ganado 2,5 años de vida cada década, una tendencia extraordinariamente estable durante los últimos 150 años. Se acumulan evidencias de que el ritmo al que la mortalidad aumenta con la edad, definido por Gompertz como inevitable, se modera a edades muy longevas, lo que dificulta prever la duración máxima de la vida. Ello ha llevado a la investigación demográfica a hacerse dos grandes preguntas: ¿cuáles son los límites de la vida humana? y ¿cuántos de los años de vida ganados son años saludables y libres de discapacidad?

La primera Transición Demográfica, con el aumento de la supervivencia y el descenso de la natalidad, deja una herencia de poblaciones envejecidas. La segunda Transición Demográfica –que trae consigo cambios en la formación y disolución de hogares y en los hábitos repro-

ductivos— deja poblaciones más diversas en sus formas de convivencia. Este escenario plantea algunas hipótesis sobre la creciente diversificación del cuidado a individuos en ambos extremos del curso de vida.

Frente a estas preguntas, tenemos algunas certezas. La mayor parte del envejecimiento de las poblaciones del siglo XXI ya está escrito en las estructuras por edades actuales. Aunque el conjunto de la población del mundo está envejeciendo, el proceso se ralentizará hacia mediados de siglo, cuando todas las generaciones sean producto de regímenes de fecundidad moderados. Mientras tanto, en Europa occidental la llegada a la vejez del *baby-boom* acelerará el proceso de envejecimiento entre 2020 y 2070.

Reconocidos expertos responden a estas cuestiones, entre otras, en este número de *Panorama Social* sobre los retos demográficos que afrontan las poblaciones europeas.

El primer artículo, de **Teresa Castro-Martín** y **Teresa Martín-García** (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), explora las razones que han llevado a España a ser uno de los países con una de las menores tasas de fecundidad del mundo. Desde el final del *baby boom*, las sucesivas generaciones de mujeres españolas han ido teniendo cada vez menos hijos y cada vez más tarde, un fenómeno que recorre todos los estratos sociales. Las autoras indican asimismo que se ha dado un aumento notable de las parejas que toman la decisión deliberada de no tenerlos. No obstante, las mujeres y parejas españolas desean tener hijos y desean tener más hijos de los que finalmente tienen, pero existen múltiples barreras institucionales, socio-económicas y culturales que aumentan los costes directos e indirectos de la fecundidad. La inmigración, por su parte, apenas ha tenido efecto en una recuperación de la fecundidad, que parece poco previsible en el corto y el medio plazo. En cualquier caso, se aboga por un modelo de corresponsabilidad de padres y madres en la crianza de los hijos y una redistribución más equitativa de los costes asociados entre las familias y la sociedad.

A la singular baja tasa de fecundidad de la sociedad española le acompaña una extraordinaria longevidad. **Juan Manuel García González** (Universidad Pablo de Olavide) analiza la evolución de la esperanza de vida en España durante las últimas décadas, que en el caso de las muje-

res la han llevado a situarse como una de las más altas del mundo. Se constata que la brecha entre varones y mujeres es considerable, si bien está ocurriendo un hecho sin precedentes: los varones la han ido recortando desde mediados de los años noventa. Este cambio de tendencia se ha sustentado principalmente en una mejora de la mortalidad de los varones frente a las mujeres en todas las edades excepto en las edades avanzadas, donde ellas siguen manteniendo la hegemonía. El autor se plantea si ese proceso de convergencia se seguirá dando en los próximos años y lo pone en consideración frente a dos grandes factores de riesgo comportamentales tradicionalmente masculinos, el alcohol y el tabaco, que se han ido haciendo comunes entre las mujeres. Sus efectos en la mortalidad por tumores, que ha crecido apreciablemente, podrían ser determinantes en la disminución de la diferencia de esperanza de vida entre mujeres y varones.

En el tercer artículo, **Aida Solé-Auró** (Universitat Pompeu Fabra) pone el acento en la creciente esperanza de vida de los mayores europeos, un grupo de población cada vez más numeroso y que ha experimentado una transformación evidente desde mediados del siglo XX. La autora se pregunta por la salud y la calidad de vida que se tiene en las edades avanzadas y analiza si existen diferencias entre catorce países de Europa a través de diversos indicadores de salud física y mental. Si bien la esperanza de vida a los 80 años es relativamente similar, se constata la existencia de una gran heterogeneidad entre esos países en las características de las personas que alcanzan esas edades, especialmente en los factores generadores de discapacidad. Los diferentes niveles de tabaquismo, obesidad, sobrepeso y desempeño funcional, y las distintas prevalencias de algunas enfermedades, como la diabetes, los derrames cerebrales y las enfermedades pulmonares, determinan en gran medida los variables niveles de discapacidad, salud y bienestar de los europeos de edades avanzadas.

**Eva María Trescastro-López, María Eugenia Galiana-Sánchez** y **Josep Bernabeu-Mestre** (Universidad de Alicante) reflexionan sobre la relación entre los patrones de salud y enfermedad, y los procesos transicionales que ha experimentado la población española desde mediados del siglo XX. Desde el marco de la transición epidemiológica-nutricional, los autores describen el evidente cambio en los hábitos alimentarios de las

generaciones que vivieron los años de posguerra y final del franquismo –caracterizados por unas necesidades poco y mal cubiertas– y de aquellas que han crecido al abrigo de la democracia, generaciones sobrealimentadas y con dietas hipercalóricas. Esta transformación del comportamiento alimentario ha tenido un doble efecto. Por un lado, se ha desterrado la malnutrición en España, símbolo del progreso económico y social del país. Pero, por otro, han aumentado los niveles de obesidad y sobrepeso, lo que ha conllevado una creciente prevalencia de algunas enfermedades crónicas. Se hace necesaria una reflexión sobre las consecuencias que la alimentación y la nutrición tienen sobre la calidad de vida y el bienestar de los españoles, especialmente entre las personas de edades avanzadas. La recuperación de la dieta mediterránea y de hábitos alimentarios y estilos de vida saludables se torna esencial para hacer frente a este importante reto.

En el quinto artículo, **María Sánchez-Domínguez** (Universidad Carlos III de Madrid) estudia la salud de las madres del *baby boom*, las generaciones más fecundas del siglo XX que hoy son protagonistas en el envejecimiento de la población española. La autora ofrece una panorámica de su estado de salud, y se plantea cómo se relaciona la composición del grupo familiar con la calidad de su envejecimiento. Las madres del *baby boom*, cuidadas y cuidadoras a la par, consideran a la familia como pieza clave de su bienestar en la vejez. Ahora bien, las diferencias de su estado de salud objetivo y subjetivo están condicionadas por sus rasgos sociodemográficos, en especial con el nivel educativo. Además, la autora resalta la importancia de la hipótesis darwiniana de supervivencia, de modo que las mujeres con mejor salud en la infancia son aquellas que gozan de mayor bienestar en la vejez. Por último, una comparativa internacional muestra el buen estado de salud de este grupo poblacional con respecto a otros países europeos, lo que completa el análisis previo de Solé-Auró.

El cambio que han experimentado los hogares españoles en las últimas décadas es abordado por **Pau Miret Gamundi** (Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona). Tres cuartas partes de la población española viven en familia, mientras que el resto vive en un hogar multipersonal. Hasta finales del siglo XX eran mayoritarios los hogares de pareja con hijos; sin embargo, el debilitamiento de este tipo de formación familiar y el envejeci-

miento de la población han provocado que este tipo de hogar haya perdido su preponderancia en el siglo XXI. De hecho, los hogares de parejas sin hijos y los hogares unipersonales se han triplicado y quintuplicado, respectivamente. En Europa se da una estructura de hogares similar, si bien los países del sur y del este presentan diferencias con los países de la Europa central, donde la extensión de la convivencia con hijos es más reducida. El autor señala como elemento clave de las diferencias europeas la heterogeneidad de las pautas de emancipación juvenil.

**Jeroen Spijker** y **Pilar Zuera** (Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona) analizan si se ha producido una externalización del cuidado familiar a las personas mayores con discapacidad. Dados el aumento de la supervivencia y de la longevidad, es muy previsible que crezca el número de personas que requieran una atención personal. Tradicionalmente el cuidado de las personas mayores se ha desarrollado en el núcleo familiar y ha estado desempeñado en su mayor parte por mujeres. Ahora bien, el cambio del papel de la mujer en la sociedad española ha transformado estas pautas de cuidados informales. Los autores evidencian que el cambio de modelo se está dirigiendo a una externalización y diversificación del cuidado, aunque el familismo siga siendo mayoritario. Apuntan además la necesidad de avanzar en la igualdad de género tanto en el cuidado informal como en el cuidado formal.

En el octavo artículo se estudia la situación de los inmigrantes en el mercado de trabajo antes y después de la crisis económica. Según muestran **Rafael Grande**, **Tania Paniagua** y **Alberto del Rey** (Universidad de Salamanca), los inmigrantes han supuesto una inyección a las cifras de población activa, si bien se han concentrado en determinados sectores de actividad y en puestos bajos de la escala ocupacional. Los autores constatan que esta situación se ha transformado a raíz de la crisis económica. Así, el desempleo ha aumentado claramente al mismo que tiempo que la presencia de mujeres se ha intensificado en el mercado laboral. Ahora bien, los inmigrantes con mayor nivel educativo y aquellos que llevan más tiempo de residencia en España han soportado mejor los dañinos efectos de la crisis, manteniendo niveles más altos de ocupación. También se han dado diferencias por zona de procedencia: el efecto de la crisis ha sido menor entre los asiáticos y los trabajadores pro-

cedentes de países desarrollados. Sin embargo, los autores señalan la necesidad de profundizar en el análisis de la estructura del mercado laboral por ocupación y, también, de las condiciones de trabajo.

**María Miyar Busto** (Universidad Nacional de Educación a Distancia) complementa el artículo anterior mediante el estudio de los flujos migratorios a España desde el inicio de la Gran Recesión. Las características de estos flujos se han mantenido en líneas generales, aunque se han producido algunos cambios en la procedencia y en las estrategias migratorias. En primer lugar, se ha producido un aumento de llegadas de asiáticos y de europeos de fuera de la Unión Europea. En segundo lugar, han descendido las migraciones basadas en las redes de apoyo más débiles, acercándose más a los parientes próximos. En tercer lugar, ha disminuido la probabilidad de estar activo tras la llegada, especialmente si esta se produce a un hogar donde los residentes migrantes llevan residiendo mucho tiempo. Estos resultados sugieren que los flujos no se corresponden con procesos netos de reagrupación familiar, sino que esencialmente se mantienen las migraciones para la incorporación a la población activa. Por último, la autora señala que los datos más recientes apuntan a una tercera fase de las migraciones en España.

Tras estos dos artículos centrados en la inmigración, **Andreu Domingo y Amand Blanes** (Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona) enfocan la atención en la emigración. Los flujos de salida han aumentado desde el inicio de la crisis económica tanto entre los españoles como entre los extranjeros. A pesar de los datos, los autores plantean ciertas dudas acerca de las motivaciones y estrategias para salir. Por un lado, ponen el acento en que las emigraciones de españoles no se encuentran solo entre los jóvenes de alto nivel educativo, sino que también hay otras que no deben menospreciarse. Por otro lado, plantean que la emigración es a la par una estrategia de resiliencia y un resultado de la redundancia, lo que les lleva a afirmar que las emigraciones no parten de estrategias individuales, sino que son fruto de un proceso de reproducción social en el marco coyuntural de la crisis.

El monográfico se cierra con un artículo de **Antonio López Gay** (Centre d'Estudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona) que

versa sobre los retos demográficos y socioeconómicos de las regiones metropolitanas de España. En el último medio siglo, las regiones metropolitanas han experimentado una transición hacia una madurez urbana y demográfica basada en tres elementos. Primero, una parálisis urbanística, produciéndose un descenso en la creación neta de hogares. Segundo, un cambio en los patrones territoriales, pasando de la suburbanización a una movilidad residencial más compleja y con una superposición de movimientos intramunicipales, descentralizadores, reurbanizadores y de periferia a periferia. Y tercero, la existencia de una gran heterogeneidad a microescala dentro de las áreas urbanas, en las que los nuevos patrones de movilidad residencial pueden desempeñar un papel clave para reducir o aumentar la segregación sociodemográfica.

Las evidencias aportadas por los autores de este número de *Panorama Social* muestran que, más que ante una crisis demográfica, estamos ante un cambio demográfico. Las poblaciones longevas, la baja fecundidad, las estructuras envejecidas, el fin del crecimiento demográfico y una nueva fase de la movilidad han venido para quedarse. Lejos de ser una mala noticia es el resultado de una historia de éxito, el éxito alcanzado por las poblaciones humanas en su proceso reproductivo. Mientras en el pasado eran necesarios muchos nacimientos para compensar altas tasas de mortalidad, las poblaciones europeas evolucionaron durante algo más de un siglo hacia un escenario en el que hacen falta muy pocos nacimientos para sustituir a una población que sobrevive durante trayectorias de vida muy prolongadas. La mayor eficiencia reproductiva se traduce necesariamente en poblaciones menos jóvenes: con menos niños y con más viejos.

No obstante, las lecturas que se derivan de este escenario no siempre están apegadas a la evidencia acumulada. El futuro demográfico, en la mayoría de sus aspectos, es mucho más incierto de lo que las proyecciones con un único escenario dan a entender. Imagínense lo difícil que hubiese sido prever la Europa del año 2000 en 1950. Las proyecciones demográficas —impeccables técnicamente— exigen hipotetizar sobre el futuro comportamiento de dinámicas altamente cambiantes, como las migraciones. Como resultado, por ejemplo, las proyecciones oficiales de la población española en 2050 variaron en nada menos que seis millones de habitantes entre las realizadas en 2009 y las realizadas en 2012. Ade-

más, el *feedback* forma una parte no explícita de las proyecciones, pero inherente a ellas. A ello hay que añadir que muchas de las conclusiones que habitualmente se derivan del nuevo escenario demográfico suponen la estabilidad de circunstancias actuales no necesariamente estables –como el límite de inicio de la ‘vejez’, los patrones de actividad por edad y género o los saldos migratorios–, lo que es mucho suponer. Por ejemplo, el vínculo entre el mercado de trabajo y los factores demográficos en Europa es débil, con una amplia infrautilización de la capacidad productiva de sus poblaciones (desempleo, inactividad femenina, jubilaciones tempranas).

Ello no implica que el cambio demográfico no plantee retos a nuestras sociedades, retos que los autores de este número han ido desgranando. Así, la descendencia efectiva de las parejas sigue muy por debajo de sus deseos reproductivos, y lo hace en todos los estratos sociales. La creciente diversidad de hogares implica retos para el cuidado de los más frágiles y para sus consecuencias en equidad, de individuos y hogares. El extraordinario aumento de la duración de la vida ha permitido prolongar algunos tiempos a lo largo del curso de vida (los de formación, por ejemplo), y ofrece una oportunidad sin igual de ‘recolocar’ otros (trabajo productivo/reproductivo, ocio) a lo largo de las prolongadas trayectorias de vida de las que son pioneras las actuales generaciones de mayores. Pero para ello es necesario hacer frente a las importantes diferencias sociales y generacionales en la salud con la que se disfruta esa ganancia en años de vida. Por lo que hace a los flujos inmigratorios, cambian –volumen, orígenes, motivaciones– pero no desaparecen, y la movilidad transnacional de jóvenes de alto nivel educativo es solo una parte de los actuales flujos emigratorios, dibujando la entrada en una nueva fase migratoria. Por último, no hemos de olvidar el papel que la movilidad de la población juega en la generación de segregación social y en la configuración de los espacios de vida del mañana.